

que llaman conciencia o moral». Esta afirmación de Hitler es bastante representativa de lo que estamos tratando en esta reflexión: que a nada teme más el poder que a una persona libre, es decir, a un yo, a una conciencia. Y J. Ratzinger comentaba así esta afirmación de Hitler, destacando cómo los poderes totalitarios no toleran ni la sombra de la conciencia moral: «La destrucción de la conciencia es condición necesaria de una sujeción y de un dominio totalitario. Donde la conciencia vive, se le pone una barrera a la dominación del hombre por el hombre y a la arbitrariedad humana, porque algo sagrado permanece inatacable, sustrayéndose a cualquier capricho o despotismo propio o ajeno. Lo absoluto de la conciencia se opone a lo absoluto de la tiranía, y sólo el reconocimiento de su inviolabilidad protege al hombre de los demás y de sí mismo, su acatamiento es la única garantía de libertad»¹⁸. Y es que, para Ratzinger, «Conciencia significa reconocer al hombre, a sí mismo y a los demás, como creación, y respetar en ese hombre a su creador. Esto define los límites de todo poder, al tiempo que señala su camino»¹⁹.

La experiencia histórica de la humanidad muestra que la única garantía de libertad y el último reducto de la misma que tenemos las personas es la fidelidad a nuestra propia conciencia moral, reconociendo al mismo tiempo nuestra realidad de criaturas. Parece mentira que todavía hoy, tras los terribles totalitarismos del siglo pasado, se sigan poniendo en cuestión realidades como la conciencia moral, que están en la base misma de la esencia del hombre y son, por otra parte, fuentes del verdadero humanismo. Y no es extraño toparse con personas y corrientes de pensamiento que siguen sin considerar las perversas raíces de los planteamientos de aquella barbarie, como si no hubiésemos aprendido nada de este pasado tan dramático de Europa.

La «dictadura del relativismo» sigue dominando nuestra cultura e impera muy especialmente en los campos de la antropología y de la moral. ¿Acaso no vemos que en ello quedan justificados muchos abusos de poder que acaban repercutiendo sobre todo, como suele suceder siempre, entre los más desfavorecidos?

Ante la urgencia a la que la reflexión ética nos exhorta, y especialmente la que versa sobre la vida, hemos de erigir la barrera de nuestra conciencia, y empezar por reconocer que «hay valores permanentes que brotan de la naturaleza del hombre, y que, por tanto, son intocables en todos los que participan de dicha naturaleza. Tendremos que volver de nuevo sobre el alcance de una concepción de este tipo, sobre todo porque no todas las culturas reconocen hoy esta evidencia»²⁰. Estas palabras nos devuelven al *Tao* al que apelaba C. S. Lewis, aunque esta vez con expresión de Benedicto XVI, quien en conversación con Jürgen Habermas, también alertaba sobre otra forma de poder que parece a primera vista puramente benéfica y digna de toda aprobación: el poder que tiene el hombre de hacer hombres, de producirlos en probetas, de manipular sus estructuras biológicas... «El hombre se convierte en un producto, y de esta suerte la relación del hombre consigo mismo cambia radicalmente. No es ya don de la naturaleza o del Dios creador; es un producto fabricado por él mismo. El hombre ha descendido al fondo de la fuente del poder, a las fuentes de su propia existencia. Ahora la tentación de construir

18 Josep RATZINGER, *Iglesia, ecumenismo y política*, B. A. C., Madrid, 1987, p. 183.

19 *Ibíd.*, p. 188.

20 Jürgen HABERMAS y Joseph RATZINGER, *Entre razón y religión. Dialéctica de la secularización*, Fondo de Cultura Económica, México, 2008, p. 40.

el hombre perfecto, la tentación de hacer experimentos con el hombre, la tentación de considerar a los hombres como basura y de deshacerse de ellos no son ya fantasías de moralistas hostiles al progreso»²¹.

Esta reflexión sobre el papel de la conciencia presenta un tema que ha de estar bien sentado al adentrarnos en cualquier deliberación ética o política, y sobre todo en las cuestiones que conciernen a la vida personal, aunque no se pueda reducir a ello. Y pretende mostrar la urgencia de replantear y vivir los fundamentos de la persona, danto a entender que la persona, en la medida en que tiene una estructura moral basada en la libertad, se convierte en un deber, en un profundo deber moral hacia ella misma y hacia sus semejantes.

21 *Ibíd.*, p. 43.

La filosofía cristiana¹ de María Zambrano

Rev. Aragón. Teol. 43 (2016)

José Antonio Calvo Gracia

El título de este artículo resultará horripilante para algunas cabezas, es decir, erizará el cabello de muchos o, al menos, de algunos. Sin embargo, la propuesta filosófica de María Zambrano no se puede desligar de una concepción teológica de la experiencia vital ni de un marcado acento cristiano con el que solfear dicha experiencia. Si esto se comprende y si esto se explica, los cabellos de los biempensantes —no solo los tradicionalistas, sino también los del mal traducido *politically correct*— volverán a su lugar y posición inicial de tranquilidad.

La filósofa malagueña (Vélez Málaga, 1904-Madrid, 1991), ante su muerte, no dudaba en decir a su amigo poeta panameño que “estamos en la noche de los tiempos, Edi Simons, hay que entrar en el cuerpo glorioso”². Y, una vez realizada la salida del uno y la entrada en el otro, el primero pasó a dormir en la *casita* —así llamaba a su sepultura— que, entre un naranjo y un limonero, había querido construir en el camposanto de su pueblo natal. Una casita, identificada con un texto del Cantar de los Cantares: *Surge amica mea et veni*. Ese es su epitafio. Y si se abusa un poco del sentido de la sentencia clásica que afirma que en el principio está el fin y/o viceversa, habrá que conceder que esta inscripción sepulcral da una idea completa y aproximada de lo que es la experiencia vital de María Zambrano.

1 El término filosofía cristiana nace en medio de la discusión. Es discutible y, por tanto, discutido desde que aparece en la década de 1920. Dos medievalistas Brehier y Gilson muestran sus posturas contrarias: el primero afirma que no hay filosofía cristiana, que el pensamiento filosófico no se ha visto influido por la Revelación, que Agustín y Tomás de Aquino adoptan filosofías paganas para hacer teología; Gilson, por su parte, quiere demostrar que hay filosofía cristiana y que la Revelación ha influido decisivamente en el desarrollo de la filosofía. Esta discusión se lleva a un debate público, celebrado en La Sorbona, en 1931. Además de Brehier y Gilson, intervienen Maritain, Brunschvicq y Blondel. No se llega a un acuerdo y la discusión continúa y otros filósofos de altura, como Mandonnet, Van Steenberghe, Pieper, Heidegger, Jaspers o el español Ramírez aportan y enriquecen el debate. ¿Cuál es el estado de la cuestión? Atendiendo a la encíclica de Juan Pablo II *Fides et ratio* (1998), no existe una filosofía cristiana oficial, pero sí existe una relación clara entre filosofía y Revelación —o entre filosofía y cristianismo—, una relación orgánica que puede ser explicada de un modo histórico (como pretendía Gilson) y de un modo existencial (como mostraba Maritain): la Revelación aporta a la filosofía nociones racionales que de otro modo no habrían sido descubiertas, como creación y persona; además aunque la razón —en el sentido de filosofía— es independiente de la Revelación, existe un modo cristiano de filosofar, en el que la fe no solo no destruye la filosofía, sino que la eleva y la salvaguarda, defendiéndola de la tentación escéptica. Para profundizar en el debate sobre la filosofía cristiana, Coreth, E., Neidl, W. M. y Pfligersdorffer, G. (2002). *Filosofía cristiana en el pensamiento católico de los siglos XIX y XX/3*. Madrid: Ediciones Encuentro, pp. 30-37.

2 Moreno Sanz, J. (2004). *La razón en la sombra. Antología crítica. María Zambrano*. Madrid: Siruela, p. 729.

Otros textos confirman esta afirmación y son los que van a ser presentados en estas páginas.

1. Rasgos religiosos para una biografía intelectual de María Zambrano

Aunque algunos han intentado escribir la biografía más o menos definitiva de Zambrano, nadie lo ha conseguido. El imponente intento de Juan Carlos Marset, que mereció el premio *Antonio Rodríguez Ortiz de Biografías 2004*, se quedó en una primera parte, titulada *Los años de formación*³. Por ello, y para el propósito que guía este estudio, bastará con el esbozo biográfico escrito por Juan Fernando Ortega Muñoz, que se titula, sencillamente, *María Zambrano*⁴. El profesor Ortega sabe y muestra que la intimidad religiosa de Zambrano es de una profundidad radical y sobre ella se asienta su propuesta filosófica.

María Zambrano siempre que se refiere por escrito a don Blas, su progenitor, lo hace escribiendo *Padre* con mayúscula inicial. ¿Qué significa? Ella misma lo dice: “Para mí mi Padre es un ser sagrado”⁵. No obstante, quien aportará la finura espiritual a Zambrano es su madre. Una finura espiritual que está unida a su profundo sentido de libertad. “Porque, aunque mi madre era una ferviente católica practicante, era también un ser libre, porque era inteligente”⁶. Inteligencia, libertad, religiosidad —católica, no conviene perderlo de vista— son claves en el pensamiento filosófico de María Zambrano y, como se verá más adelante, cada una de estas características constitutivas de su experiencia conllevan la universalidad e interrelación de los tres saberes de sentido que se encuentran en el núcleo de su pensamiento: Filosofía, Poesía y Religión.

Todavía se puede añadir al trasfondo familiar de Zambrano la figura de su abuelo materno, con el que pasará en su infancia alguna larga temporada. De él se puede decir que, además de exseminarista, era un “teólogo vocacional, heterodoxo recalcitrante y conversador innato”⁷ y que constituyó para María Zambrano un auténtico pedagogo y maestro en cuestiones religiosas.

Cuando en Segovia, adonde se había trasladado con su familia, decide estudiar Filosofía, lo hace por “salvar” a su padre, ya que Blas Zambrano era un hombre con un horizonte interior trágico al modo de Unamuno. De algún modo, Zambrano vislumbra que el fondo más profundo de todos y cada uno de los seres humanos es una realidad inferior —inferior en el sentido de *inferos*— que necesita de una experiencia salvadora o redentora. No una eliminación de lo trágico, sino un respiro extático que permita entender la vida como un todo en el que lo chocante, lo diferente, lo incalificable o indefinible no sea expulsado o exiliado, sino incluido como parte constitutiva del misterio de la vida y del concomitante anhelo por la eternidad. Como bien ha señalado Agustín Andreu Rodrigo,

3 Marset, J. C. (2004). *María Zambrano. I. Los años de formación*. Sevilla: Fundación Manuel Lara.

4 Ortega Muñoz, J. F. (2006). *María Zambrano*. Málaga: Editorial ARGUVAL.

5 Ortega Muñoz, J. F. *María Zambrano*, p. 21.

6 Ortega Muñoz, J. F. *María Zambrano*, p. 23.

7 Ortega Muñoz, J. F. *María Zambrano*, p. 26.

poniéndolo en relación con un tema eminentemente teológico como es la economía trinitaria, Zambrano entiende la salvación del hombre como “una crecida por dentro”⁸ o una iluminación en sentido joánico e incluso agustiniano. Esta iluminación permite, siempre en clave zambraniana, descubrir un espacio infinito de libertad real. Así llega a afirmar que el teresiano vivir fuera de sí supone

Vivir fuera de sí, por estar más allá de sí mismo. Vivir dispuesto al vuelo, presto a cualquier partida. Es el futuro inimaginable, el inalcanzable futuro de esa promesa de vida verdadera que el amor insinúa en quien lo siente. El futuro que inspira, que consuela del presente haciendo descreer de él; que recogerá todos los sueños y las esperanzas, de donde brota la creación, lo no previsto. Es la libertad sin arbitrariedades⁹.

Estos pensamientos de profundo corte cristiano también tienen que ver con su experiencia de exilio¹⁰ y con sus deseos que constituirán una luz para transcurrir su propia noche oscura de la que se hablará posteriormente.

Otro momento importante en el itinerario vital de María Zambrano es el de su despertar a una política activa y el de su repudio a determinadas formas violentas de corte materialista. La discípula de Ortega y Gasset en la madrileña Universidad Central no es ajena a la tesis fundamental que el profesor publica en el diario *El Sol* el 15 de noviembre de 1930 titulado “*Delenda est monarchia*”. Con este escrito, Ortega rompe su compromiso con la monarquía y postula el advenimiento de la república como única forma política que puede mantener la vida y la vitalidad de la nación española¹¹. Zambrano es buena hija de su padre, militante e incluso presidente durante algún tiempo de la *Agrupación Socialista Obrera*, y eso se nota en su radicalidad; pero no hay que olvidar que también es buena hija de su madre y esto se conoce en este momento de efervescencia y violencia política en su convencimiento de que para el país no es bueno el materialismo capitalista, como tampoco lo es el marxista, sino que la misión de España está en la defensa y universalización de los valores espirituales. Estas ideas —quizá hubiese que llamarlas ideales— se encuentran expuestas y de algún modo desarrolladas en el manifiesto fundacional del *Frente Español* (FE) que aparecería publicado el 7 de marzo de 1932 en el periódico *La Luz* y que es firmado en primer lugar por María Zambrano. ¿Qué es lo que le lleva a firmar con tanto entusiasmo este manifiesto? El compromiso político de Zambrano le conduce a militar en el partido de Azaña *Acción Republicana*, durante las elecciones municipales de 1931. Su militancia será breve, pues la quema de iglesias y conventos, así como la persecución religiosa desatadas y la pasividad de las autoridades le llevarán a darse de baja de esta formación de izquierdas. Sin embargo, seguirá siendo profundamente republicana y radical en lo que se refiere a la preferencia por un régimen político determinado. Y seguirá siendo profundamente católica, ya se verá de qué manera, aunque puede adelantarse que en lo que se refiere a su visión

8 Andreu Rodrigo, A. (2007). *María Zambrano. El Dios de su alma*. Granada: Comares, p. 63.

9 Zambrano, M. (2010). *El hombre y lo divino*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, p. 255.

10 El exilio es para María Zambrano una categoría antropológica fundamental, ya que apunta a una meta nunca alcanzada, pero capaz de aportar sentido a la existencia: “Y el exiliado, a fuerza de pasmos y desvalimientos, de estar a punto de desfallecer al borde del camino por el que todos pasan, vislumbra, va vislumbrando la ciudad que busca y que le mantiene fuera,” en Zambrano, M. (1990). *Los bienaventurados*. Madrid: Siruela, p. 31.

11 Cfr. Ortega Muñoz, J. F. *María Zambrano*, p. 50.

antropológica y sus derivadas sociales.

El FE es un partido político, alentado en la sombra por Ortega, al que enseguida se suman un grupo de universitarios españoles. Aunque el zambranista Jesús Moreno Sanz afirma que María Zambrano reconocerá que su participación en este partido nacional es “su más grave error político” y que “como tenía poder para ello, lo disolvió”, por “el cariz casi fascista que este movimiento adquiere”¹², no es aventurado precisar con toda razón que, si bien Zambrano repudia el FE, no es menos cierto que la crítica de los materialismos —y de las dos Españas, alentadas por programas políticos sectarios— y la defensa del patrimonio espiritual del individuo y de los pueblos permanecerán como una constante de su propuesta filosófica de racionalidad inclusiva.

Esta crítica del materialismo se la tendrá que tragar, al menos exteriormente, cuando en su exilio —largo exilio desde 1939, hasta 1984— llegue a la universidad de San Nicolás del Hidalgo de Morelia (México), donde permanecerá durante un curso. Allí el rector le hace saber que en México no existe libertad de cátedra y que la constitución prescribe la educación socialista¹³. Aunque María Zambrano le hace saber que nunca ha sido comunista ni marxista, guarda silencio sobre el resto, acepta el trabajo como profesora de filosofía y se dedica a escribir sobre lo que le interesa: *Nietzsche o la soledad enamorada*, *San Juan de la Cruz (de la noche oscura a la más clara mística)*, *Filosofía y poesía*, *Poesía y filosofía* y *Descartes y Husserl*. La Habana, Puerto Rico serán algunas otras de sus etapas en el exilio americano. Después, en 1946, la vuelta a Europa, y el deambular como se puede entre Francia e Italia.

El año 1945 es fundamental para María Zambrano, ya que es cuando comienza a concebir la que sin duda será su gran obra *El hombre y lo divino*¹⁴, publicada su primera edición en 1955, año de la muerte de su maestro Ortega, y su segunda, con algunos añadidos, en 1973, tras un viaje a Grecia que le marcaría profundamente. Durante la década que dedica a escribir la primera edición de esta obra barajará distintos títulos: *Historia de la piedad*, *Filosofía y cristianismo*, *La ausencia*. Al final, el nombre que se impone es el de *El hombre y lo divino*, un nombre que, según la misma Zambrano, puede dar título a toda su obra y a las obsesiones de su pensamiento¹⁵.

En Roma, entre 1953 y 1959, vivirá en la *Piazza del Popolo*, justo encima del café Rosati. Desde allí, participará en la misa de los artistas, en la iglesia de Santa María del Pópolo, y acudirá a los conciertos de los viernes, precedidos de lecturas de Rilke, Max Jacob, Kierkegaard y de textos de algunos Padres de la Iglesia¹⁶. En esta época

12 Moreno Sanz, J. (2004). *La razón en la sombra. Antología crítica. María Zambrano*. Madrid: Siruela, p. 678. Esta obra, además de ser una selecta y muy completa antología de los escritos de Zambrano, aporta, entre las páginas 673 y 730, una valiosa cronología de la vida de la pensadora malagueña, con valoraciones y notas interesantes —y, en algún caso, muy discutibles—.

13 Ortega Muñoz, J. F. *María Zambrano*, p. 72.

14 Albert Camus “el día de su muerte en accidente llevaba los originales del libro de María Zambrano *El hombre y lo divino*, que pensaba editar en Gallimard, pues lo consideraba la obra cumbre del siglo XX”, en Ortega Muñoz, J. F. *María Zambrano*, p. 88.

15 Así lo declara en el “Prólogo a la segunda edición”: “No está en mi pensamiento hacer de *El hombre y lo divino* el título general de los libros por mí dados a la imprenta, ni de los que están en camino de ella. Mas no creo que haya otro mejor que les conviniera”, en Zambrano, M. *El hombre y lo divino*, p. [27].

16 Cfr. Moreno Sanz, J. *La razón en la sombra. Antología crítica. María Zambrano*, p. 708.

conocerá y comenzará su amistad con la poetisa mística Victoria Guerini —conocida en el universo literario como Cristina Campo—. Aunque ya había escrito sus *Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes*, en Roma su experiencia filosófica se conformará nuevamente de acuerdo a otras formas de expresión y de sentido como son los lenguajes de las artes o lenguajes poéticos, los lenguajes de la teología y de su primera expresión sacral que se mueve entre la mística y la acción litúrgica, que conjuga humana y divinamente la actividad de Dios y la pasividad del hombre, situando al ser humano como ser de encuentro y apertura, de mezcla y enriquecimiento mutuo. Así no resulta anecdótico que, ante la reforma litúrgica emprendida por el concilio Vaticano II, viendo en peligro la sacralidad de la liturgia católica, no dude en firmar otro escrito dirigido a Pablo VI, no ya de universitarios, sino de hombres y mujeres del mundo de la cultura, de distintas opciones y creencias, llamado *Manifiesto de Agatha Christie* y firmado, entre otros, por Agatha Christie, María Zambrano, Elena Croce, Cristina Campo, Graham Green, Andrés Segovia, Colin Davis, Jacques Maritain, Jorge Luis Borges, Gabriel Marcel, en el que se afirma que el rito de la misa romana tradicional pertenece a la cultura universal y que desterrarlo de la vida ordinaria de la iglesia sería similar a la destrucción total o parcial de basílicas y catedrales.

María Zambrano también sufre una noche oscura, que coincide con la publicación de su obra *Los sueños y el tiempo* —parafraseando el título de Heidegger *El ser y el tiempo*— y sobre todo con los difíciles cuidados que requiere su hermana Araceli y con su muerte, así como con sus idas y venidas internacionales. En 1961 lo manifiesta con palabras claves a su amiga venezolana Reyna Rivas: “Mi noche oscura sigue, Reyna, o mi túnel, como más modestamente lo llamo”, “la oscuridad que yo llamo sagrada”¹⁷. Algunos amigos de María Zambrano y otros estudiosos de su obra se empeñan en dar por definitiva esta experiencia de oscuridad, pero no es así, ya que existe otra etapa posterior —y esta sí que es definitiva en el sentido de que corona su existencia— en la que Zambrano vive con confianza su ser católica. Se pueden ofrecer testimonios muy iluminadores.

En su testamento otorgado en 1989 “declara que pertenece a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, en cuya fe y doctrina fue educada y en cuyo seno desea morir. Encomienda por ello a sus herederos y legatarios que conforme a su criterio, manden realizar los ritos que según la costumbre sean del caso”¹⁸. Antes, en 1964, había escrito a la poeta Reyna Rivas: “Pienso, digo, rezo; Señor mío, ya que me mandas vivir, haz que para vivir tenga y pueda así cumplir tu voluntad”¹⁹.

Estos rasgos biográficos culminan con su muerte, acaecida el 6 de febrero de 1991, y con su cristiana sepultura, amortajada con el hábito de la Venerable Orden Tercera Franciscana, con el que siempre viajaba por si acaso, en una tumba con ese epitafio que dice *Surge amica mea, et veni*²⁰. Unos rasgos incompletos, pero que al menos permiten

17 En Ortega Muñoz, J. F. *María Zambrano*, p. 100.

18 En Ortega Muñoz, J. F. *María Zambrano*, p. 103.

19 En Ortega Muñoz, J. F. *María Zambrano*, p. 103.

20 Aunque sea a pie de página, conviene señalar que el epitafio elegido para la sepultura de su hermana Araceli fue *Ave Crux, spes unica*. El patrólogo y gran amigo de María Zambrano Agustín Andreu Rodrigo comenta que estas dos sentencias sepulcrales aunque contrapuestas, son complementarias y que así las concibió María Zambrano, para expresar brevemente la esencia del cristianismo. Cfr. Andreu Rodrigo, A. *María*

hacerse cargo del trasfondo vital de María Zambrano que, como es natural, forma uno con su pensamiento y su propuesta filosófica, como pretende mostrarse en la segunda parte de este estudio.

2. La presencia de lo cristiano en la filosofía de María Zambrano

Aunque no sea de un estilo muy depurado, puede permitirse la licencia de comenzar un epígrafe con la cita de alguien que tiene bien claro lo que pretende justificarse en este trabajo: "Cuantos, por lo que sea, quieren apartar a María Zambrano de la teología y negar el teológico carácter cristiano de su pensamiento, lo tienen difícil"²¹. Aunque tampoco es tarea fácil mostrar de un modo sistemático el carácter cristiano de la filosofía de una pensadora que huyó de cualquier sistema y, solo al final, propuso un método. Inténtese.

El primer paso de este intento debe centrarse en el interés fundamental de María Zambrano al filosofar

Núcleo inicial, y nunca perdido, a mi parecer, es Filosofía, Poesía, Religión. [...] Mi obra, no tengo más remedio que llamarla así, tiene un sentido circular, son como gajos de una naranja, no hay que mirarlo pues con criterios de primero, segundo, y tercero. Es como un árbol cuyo germen o raíz no se pierde, aunque se ramifique²².

Sin duda la preocupación religiosa o mística —por lo que se ha visto, desde una experiencia católica— camina al lado del interés por la Filosofía y la Poesía. Y esto no estaba precisamente de moda entre la mayor parte de los pensadores del siglo XX, como tampoco parece estarlo entre los gurús de la emergencia cultural europea del XXI. Además este texto permite establecer un criterio importante para el acercamiento a la propuesta filosófica de María Zambrano: su pensamiento no puede reducirse a uno solo de estos tres saberes de sentido. Habitualmente, en la ciudad en la que se edita esta REVISTA ARAGONESA DE TEOLOGÍA, María Zambrano es el nombre de una importante calle en la margen izquierda del Ebro. No deja de ser un equívoco motivado por el desconocimiento, pero hay otros mayores. Como, por ejemplo, el de reducir el pensamiento de Zambrano al ámbito de la filología, de la crítica literaria, de la teoría de las artes o de la poética en sentido restrictivo. El que se conozca la propuesta de racionalidad zambraniana como *razón poética* ha generado y está generando este reduccionismo. María Zambrano no quiere reducir la Filosofía a la Mística y la Mística, a la Poesía, su interés es una mirada unitaria en la que comparezca el germen común del que nacen y, al mismo tiempo, su identidad distintiva. Ella lo expresa muy bien:

Filosofía, Poesía y Religión necesitan aclararse mutuamente, recibir su luz una de otra, reconocer sus deudas, revelar al hombre medio asfixiado por su discordia, su permanente y viva legitimidad; su unidad originaria²³.

El texto anterior debe leerse junto a otro de la misma obra *Hacia un saber sobre el*

Zambrano. *El Dios de su alma*, p. 145.

21 Andreu Rodrigo, A. *María Zambrano. El Dios de su alma*, p. 174.

22 Inédito, M 317, en Moreno Sanz, J. *La razón en la sombra. Antología crítica. María Zambrano*, p. 51.

23 Zambrano, M. (1987). *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza Editorial, p. 57.

alma, curiosamente el texto que marcó una distancia casi definitiva entre María Zambrano y su maestro Ortega. En el texto que se presenta a continuación, Zambrano introduce la cuestión de una mirada unitaria que permita no solo el reconocimiento de la unidad de todo el saber, sino el de la unidad de todo lo real:

Religión, Filosofía y Poesía han de ser miradas de nuevo por una mirada unitaria en que los rencores nacidos con la prolijidad de la ortiga, estén ausentes²⁴.

¿Qué es lo que ha pasado para que sea necesaria una nueva mirada? María Zambrano lo expresa a través del término *racionalismo fundamental*, que consiste en una razón desconectada de la verdad y del misterio de lo humano y de lo divino, de la realidad en su misterio. Una racionalidad así, en su deseo omnímodo de controlar y de crear según sus meras capacidades, arroja a la no-existencia de la irracionalidad todo aquello que no esté absolutamente en sus manos. Este *racionalismo fundamental* gira en torno a una serie de equívocos que se suceden unos a otros y que cada vez son más exclusivistas —exclusivistas en el sentido de exclusivos y de excluidores—: la reducción de la razón a la idea; la reducción de la idea a la historia; la reducción de la historia a la vida; la reducción de la vida a las ciencias experimentales; la reducción, finalmente, de la razón a la nada. Para María Zambrano este itinerario del racionalismo ha tenido dos momentos principales. El primero de ellos es el siguiente:

Hay pues un horizonte amplio que se extiende desde Grecia —la Grecia parmenidiana— a la Europa de Hegel, bajo el cual, todo hombre ha sido racionalista con un racionalismo fundamental, que podía inclusive, escindirse en teorías o “ismos” de enunciación opuesta²⁵.

Y de aquí estos “ismos” de enunciación opuesta: realismo, idealismo, historicismo, vitalismo, científicismo, nihilismo. Esta pluralidad es en verdad desquiciamiento, fruto de la soberbia. María Zambrano lo dice muy expresivamente de dos formas: la *razón se ensoberbeció* y, como se verá más tarde, *la razón del erguido*. Para Zambrano la causa de la soberbia de la razón es la falta de conciencia de dependencia y de humildad que, junto con la audacia, son denominadas *virtudes del descubridor*²⁶. Cuando desaparecen estas virtudes, cuando se instaura la in-dependencia y la autonomía como principales valores, llega la angustia. María Zambrano afirma que esta angustia parece yacer bajo todo intento de conocimiento que se presente como exclusivo y poderoso, aunque solo lo sea en una esfera. Angustia que subyace en el pensamiento filosófico moderno y contemporáneo y que emerge en Heidegger, a quien denomina “heredero de toda la filosofía alemana desde Kant”²⁷. Esta angustia es el resultado de una ontología que, en su intento de afirmación absoluta del ser del hombre sobre todas las cosas, conduce paradójicamente a la deshumanización. Y también, al mismo tiempo, a la desdivinización, pues el ser humano se ha “desdivinizado a fuerza de querer divinizarse”²⁸. Autodivinizarse, “sin Dios y sin lo divino que en sí lleva”²⁹.

24 Zambrano, M. *Hacia un saber sobre el alma*, p. 56.

25 Zambrano, M. *El hombre y lo divino*, p. 33.

26 Cfr. Zambrano, M. (2004). *Pensamiento y poesía en la vida española*. Madrid: Biblioteca Nueva, p. 110.

27 Zambrano, M. *Pensamiento y poesía en la vida española*, p. 90.

28 Zambrano, M. *Pensamiento y poesía en la vida española*, p. 95.

29 Zambrano, M. *El hombre y lo divino*, p. 241.

Si hasta ahora se ha hablado de razón, en este momento corresponde hablar de vida. El punto de partida es otro texto de María Zambrano, en *Pensamiento y poesía en la vida española*. Dice así:

La vida se rebela y se revela por diversos caminos ante este ensoberbecimiento. El último periodo del pensamiento europeo se puede llamar rebelión de la vida. La vida se rebela y se manifiesta, pero inmediatamente corremos otro riesgo: la vida sigue por los mismos cauces de la razón hegeliana y la sustituye simplemente, y allí donde antes se dijera "razón" se dice después "vida," y la situación queda sustancialmente la misma. Se cree poseer la totalidad, se cree tener el todo³⁰.

No deja de causar asombro esta ecuanimidad de Zambrano al prevenir de un nuevo peligro o de varios. La sustitución de la razón soberbia y desconectada por la vida soberbia y desconectada provoca nuevos reduccionismos, nuevos *ismos*. Al historicismo, el vitalismo y el nihilismo se debe sumar el cientificismo, que es lo único que queda cuando no queda nada; cuando no se reconocen los propios límites, sino que se busca circunscribir con violencia la realidad a los muros de determinada práctica empírica, desechando el resto.

Este "querer tener el todo o pensar que se tiene" es lo que María Zambrano denomina *razón del erguido o razón triunfante*. Es el estilo de vivir propio de quienes son capaces de apasionarse —de hacerse cargo del padecer—, de aquel que

Ha capitalizado el trabajar y el padecer de sus entrañas; sordo a ellas, con la sordera del que convierte en piedra la claridad que se derrama en la sangre y enmuran los espacios entrañables para que a ellos no descienda el logos³¹.

Si del *racionalismo fundamental* brotaba la angustia, ¿qué provoca este, por así decirlo, *vitalismo fundamental*? Un adormecimiento. La vida vivida en suficiencia y en autosuficiencia es para Zambrano un sueño —no el *sueño creador*, que precede a la aurora o que comparece en los *claros del bosque*—, que comporta, por ejemplo, la contemporánea negación teórica y/o práctica de la realidad de Dios:

No se libera el hombre de ciertas cosas cuando han desaparecido, menos aún cuando es él mismo quien ha logrado hacerlas desaparecer. Podrían dividirse las cosas de la vida en dos categorías: aquellas que desaparecen cuando las negamos y aquellas otras de realidad misteriosa que, aun negadas, dejan intacta nuestra relación con ellas. Así, eso que se oculta en la palabra, casi impronunciable hoy, Dios³².

La soberbia de la razón y de la vida van creando espacios estancos, van cerrando parcelas en las que se pueda vivir adormilado y sobrevivir tranquilizado, aun a costa de perder la vida misma. Lo que queda fuera —exiliada y condenada— es la realidad con toda su complejidad y todas sus sombras y, con ella, se pierde lo sagrado que no es otra

30 Zambrano, M. *Pensamiento y poesía en la vida española*, p. 98.

31 Zambrano, M. *El hombre y lo divino*, pp. 356 y 357.

32 Zambrano, M. *El hombre y lo divino*, p. 134.